

TERCERA SECCIÓN: LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU

Capítulo 6: Vivir de la fe

Nuestra vocación es una llamada a vivir de la fe. Esta afirmación forma parte del núcleo mismo del Evangelio, porque creer es seguir a Jesús, en comunión con los otros y en misión. Vivir de la fe fue el gran mensaje que Pablo daba al mundo por dondequiera que pasaba: vivir desde la Ley había tenido su sentido "pedagógico", pero ahora se trata de entender la vida desde Cristo Jesús y de su Evangelio (Rom 1,16-17). El Espíritu, desde Pentecostés, va impulsando en toda la Iglesia y en el mundo este vivir, esta forma de existencia. Como Familia marianista, nosotros nacimos, hace doscientos años, con esa preocupación y deseo de animar la fe, de llevar a cabo el camino que este libro está describiendo.

1. Lo que yo creo

«Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida», confiesa la Iglesia al recitar el símbolo de la fe. «Veni Creator Spiritus», canta la comunidad desde hace siglos. La Iglesia ha llamado al Espíritu Santo «el gran desconocido», y, sin embargo, ha recibido y sentido continuamente su acción en la historia. Él es siempre, lo conozcamos e invoquemos o no, energía para el mundo, huésped del alma, tregua en el trabajo, luz que penetra, gozo que consuela, fuego que abre paso, aliento de Dios.

El Espíritu, amor en el que se comunican y se entregan mutuamente el Padre y el Hijo, es quien se cernía sobre el caos para crear el mundo; el que animó a los jueces, ungió a los reyes e hizo hablar a los profetas; la sabiduría que brilló en los sabios y volvió a aparecer más sabia en los sencillos y en los pobres a los que Dios se reveló. El que llenó de gracia a María.

Jesús fue el ungió con el Espíritu por excelencia; el que prometió a la samaritana que ese Espíritu brotaría como manantial en el interior de la persona, si se responde con la fe al mismo Jesús; el que sigue iluminando, abriendo a la verdad, y creando un mundo nuevo en los nuevos profetas, pastores, sabios, mártires y santos de hoy, en cada lugar y tiempo, dentro y fuera de la Iglesia.

«Sin el Espíritu Santo, Dios está lejos, Cristo permanece en el pasado, el Evangelio es letra muerta, la Iglesia es una pura organización, la autoridad es tiranía, la misión es propaganda, la liturgia es simple recuerdo y la vida cristiana es una moral de esclavos. Pero en el Espíritu, y en una sinergia indisociable, el cosmos es liberado y gime en el alumbramiento del Reino, el hombre lucha contra la carne, Cristo Resucitado está aquí, el Evangelio es una fuerza vivificadora, la Iglesia significa la comunión trinitaria, la autoridad es un Pentecostés, la liturgia es memorial y anticipación, y la acción humana es divinizada» (Ignacio IV, patriarca de Antioquía).

Desde el día de Pentecostés, el Espíritu de Dios anima a los discípulos, siendo fuerza y fuego interior. Él es el amor del Padre y del Hijo enviado, que se dona en forma de gracias o carismas y que impulsa nuestra vida centrada

en Dios, la "vida teologal", y nos envía en misión para dar lo que hemos recibido.

La acción del Espíritu es formadora y afianzadora de la fe del discípulo en Jesús y en su Evangelio (Jn 14,26; 16,13-15), y a la vez constituye la fuerza de la comunidad para testimoniar y anunciar el Evangelio.

Crear significa seguir a Jesús, compartir su vida y su Evangelio, comulgar con su muerte y resurrección. Por eso, el primer acto de fe desemboca en el bautismo (Hech 16,30-34), signo de esta comunión total con el misterio y la misión de Jesucristo. Nuestro bautismo es, así, nuestra consagración cristiana raíz y primordial.

La fe es uno de los tres dones fundamentales del Espíritu, unido misteriosa e indisolublemente a la esperanza y al amor, aunque al final sólo quedará el amor (1Cor 13). Brotando del corazón (fe del corazón), anima toda la vida, haciendo ver el mundo con los ojos de Dios (espíritu de fe).

Estas dos expresiones típicas del lenguaje de Guillermo José Chaminade nos ayudan a profundizar en el misterio de la fe. La expresión "fe del corazón" está inspirada en Pablo (Rom 10,8-10), y quiere referirse a la fe que consigue calar en el núcleo más profundo del ser humano, las raíces de la persona. «Es preciso amar lo que se cree. Someter la razón a la fe y someter el corazón; pero el corazón no se somete más que amando. La fe, esa fe sobre todo del corazón, es un gran don de Dios, y nosotros tenemos siempre necesidad de decir: Señor, aumenta nuestra fe» (G.J. Chaminade, *Cartas*, n. 661).

El "espíritu de fe" resume, para el Fundador, una manera de ser y de vivir: frente a criterios y estilos de vida no evangélicos, queremos penetrarnos del espíritu de Cristo, hacer nuestras sus maneras de pensar, sentir y actuar. Espíritu de fe es ver la vida y el mundo, y comprometer nuestra existencia, desde Jesús. «El espíritu de fe, en el que siempre debéis hacer progresos, será el que os regule en todo y para todo. El espíritu de fe está en oposición directa al espíritu del mundo.» (G.J. Chaminade, *Cartas*, n. 915).

Esta fe sólo alcanza su madurez cuando llega a la obediencia. Desprendiéndose del propio proyecto para abrirse al plan de Dios. Como Abrahán y como María. Se abre así un camino o itinerario: la peregrinación de la fe, en la que ésta es probada pero que engendra un mundo nuevo. Es la paternidad-maternidad de la fe.

La fe vive en el encuentro. Con Dios, en la oración; con el hermano, en el servicio y en la entrega. No hay fe verdadera si no respira en la vida de oración y en la vida comunitaria y misionera. Nuestra oración, así como nuestro sentido comunitario y misionero, están marcados por este rasgo teologal de la fe, que es confianza en el Padre, seguimiento de Jesús y apertura al Espíritu de amor. «En Cristo Jesús, ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino solamente la fe que actúa por el amor» (Gal 5,6).

«El justo vivirá por la fe» (Hab 2,4). Esto significa que la Buena Noticia traída por Jesucristo es que Dios ha prescindido de la Ley y nos justifica gratuitamente por el amor entregado hasta la muerte por nosotros (Rom 3,21-31). El hombre nuevo es así el que «vive de la fe». Al querer Dios ser justo incondicionalmente por gracia, y hacerse nuestro justificador en Jesús, la salvación sólo puede ser vivida en dinámica de gracia. El hombre renuncia a apoyarse en obras propias, a justificarse como bueno ante Dios y constituirse

merecedor de premio. Nada le es debido. Todo es gracia: la que viene de la cruz, soberanía del amor y de la nueva vida. Por todo esto decimos que sólo la fe en Jesús, que actúa por el amor, nos justifica, nos da la vida, es nuestro único fundamento.

Vivir de la fe sólo es posible cuando se ha llegado a la "experiencia fundante", es decir, cuando llegamos al punto en nuestra vida en que entendemos profundamente que Dios es nuestro único fundamento. No se tiene fe: se es desde la fe, se es creyente. La fe es como una fuente que se desborda en el amor. A la "experiencia fundante" se llega de formas diversas: a veces está causada por algún acontecimiento que irrumpe con fuerza en la vida, pero ordinariamente es un suceso oculto y que va llegando poco a poco. Recibe nombres diversos: nuevo nacimiento (Jn 3,3), segunda conversión, vida teologal.

La fe se vive en un clima de confianza. Siguiendo el espíritu de los pobres de Yahvé, expresado sobre todo en los salmos («Acallo y modero mis deseos como un niño en brazos de su madre» Sal 131). La confianza es la espera sostenida por la certeza. Nace del amor, como dice Juan: «No hay temor en el amor, sino que el amor perfecto echa fuera el temor» (1 Jn 4,18). La confianza da la fortaleza de saber que soy amado y de que nada me pasará, la seguridad que me impide buscarme seguridades, la audacia que le lanza a uno hacia el futuro. La confianza se prueba en las crisis, pero sale fortalecida siempre. Fue una de las últimas palabras que escribió Teresa de Lisieux: «Dios, en su misericordia [...] ha preservado a mi alma del pecado [...]; pero no es eso lo que me eleva a él por la confianza y el amor». (*Historia de un alma*. Final del manuscrito C).

La fe nos lleva al amor. El amor no falta en el verdadero creyente. El cristiano cree como quien ama, con confianza, sencillez, apertura, intimidad y generosidad; y ama como quien cree, con amor firme, sustentado en las raíces de la convicción y con fidelidad. Permanece y dura en el amor.

La Familia marianista, fruto de un carisma del Espíritu, nació en medio de una sociedad y de una Iglesia que sufrían una tremenda crisis espiritual y una gran prueba para la fe y la caridad: la Revolución francesa de 1789. De nuestros Fundadores hemos heredado la sensibilidad y la preocupación por formar y hacer crecer en la fe, para trabajar por la comunión y el amor de las personas y de los grupos. Por eso nuestra misión está marcada por este rasgo del carisma que es vivir de la fe, formando comunidades unidas y activas de creyentes. «Vivamos del espíritu de fe, seamos hijas de la fe» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 492). «Nos reunimos para formar comunidades de fe, y nos proponemos comunicar esa misma fe a nuestros hermanos los hombres» (*Regla de Vida SM*, n. 3) Al hacerlo, les llevamos a ser hermanos por tener un Padre común y que es "nuestro".

La oración es un ejercicio de la fe, un lugar privilegiado donde tiene lugar el encuentro entre Dios y nosotros. Al orar, el creyente se abre, desde el corazón, al misterio del amor de Dios revelado en Jesucristo. La oración es acogida del Espíritu en nuestro corazón y en la vida. Esa fe interior discierne lo que Dios quiere, y se convierte finalmente en una fe que anima toda la vida.

2. Para hacer el camino

1. "Formarnos en la fe"

Mi fe es un don gratuito de Dios, para el encuentro con él y con los demás desde la sencillez y la alegría. Dios se revela así a los pequeños (Lc 10,21). La fe no es elitista ni discrimina a nadie. Sin embargo, «la fe busca comprender», quiere profundizar y hacer camino, ayudada por nuestra razón y por los diversos medios que le facilitan crecer en hondura.

Mi fe pide formación. Desde sus orígenes, la Iglesia educó la fe con la catequesis (Hech 8,26-40) y la enseñanza de los apóstoles (Hech 2,42). Si quiero que mi vida cristiana pueda dar razón de lo que cree, y de forma adulta, necesito formarme.

La falta de formación religiosa entre los adultos, sea por desinterés, falta de tiempo o dificultades objetivas, tiene que ser corregida poco a poco en la Iglesia, especialmente en el laicado. Los laicos, seculares o consagrados, están llamados no sólo a formarse teológica o pastoralmente, sino a traducir al lenguaje laical el pensamiento del Magisterio o de la teología académica. El laicado está llamado no sólo a aprender, sino también a enseñar.

Por otra parte, la fe se forma en mí como fundamento cuando desarrolla la interioridad, es decir, la capacidad de percibir la realidad entera a niveles cada vez más hondos.

Sugerencias

1. Procúrate una "síntesis de fe", en forma de Introducción a la fe cristiana o de Catecismo de adultos. Elige cada semana un tema o capítulo. Anota las dudas o puntos en los que debes clarificar tu fe.
2. Valora los otros medios que tienes para formar tu fe: Biblia, liturgia, reuniones de formación, lecturas, conferencias, preparación personal para una misión, etc.
3. Procura que tu fe te lleve a crecer en confianza en las personas y en el Señor. ¿Ocurre así en tu vida? ¿Te lleva tu fe a dar un testimonio de caridad? ¿Crea unión y comunión en la comunidad?

2. "Orar desde la fe"

La espiritualidad marianista nos ha transmitido desde sus orígenes una preocupación tanto por la fe como por la oración (G.J. Chaminade. Escritos sobre la fe y sobre la oración). La insistencia de los Fundadores al fundir oración y fe les lleva a promover una serie de métodos de oración que la tradición marianista nos ofrece también para hoy: "**Método de oración sobre el credo**", "**Método de oración de fe y presencia de Dios**", y "**Método común de meditación**".

De una manera u otra, mi oración es un ejercicio de mi fe, es decir, de mi comunión con Jesús y con su Palabra. Desde él quiero entender mi vida. «Para un cristiano, todo puede y debería convertirse en oración» (Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 277).

Sugerencias

Como sugerencias ofrecemos precisamente **una guía para orar con los tres métodos tradicionales marianistas**. Se trata de una adaptación realizada expresamente para este libro, teniendo en cuenta los textos originales (cf. *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 270-333).

I. MÉTODO DE ORACIÓN SOBRE EL CREDO

El texto original, "Método de oración sobre el Símbolo", constituye una cima del pensamiento de Guillermo José Chaminade sobre la vida de oración, y se dirige fundamentalmente a los que se inician en ella. En todos los proyectos y ensayos anteriores sobre la oración se destacaba de forma sobresaliente el papel de la fe. Esta consideración llega ahora a mayor claridad y precisión. El Fundador alude a este método de oración en una carta de 1840.

1. Entrada en la oración

In omnibus respice finem. En todas las cosas ten presente el fin.

Comienza tu oración tomando conciencia del sentido profundo de tu vida: "Conocer, amar y servir". Estas tres palabras te ayudan a ponerte en presencia del Señor y a entenderte en este momento y circunstancia de tu vida, en este rato de oración de fe que vas a vivir.

«Nuestro fin, nuestro único fin, es conocerle, amarle y glorificarle. Toda nuestra felicidad consiste en esto». Tu corazón está creado para amar. Y la fe es el don que él te regala para que aprendas a conocer, amar y servir. Comienza pidiendo un corazón creyente, la fe del corazón, para poder «no amar más que a Dios, no buscar más que a él solo, y no tender más que hacia él con todas nuestras fuerzas». Pide el don de la fe para ti y para el mundo entero: para que, creyendo, tenga vida (Jn 17,17-20). Pide el Espíritu Santo, y un corazón nuevo que sepa alegrarse en que toda la felicidad está en conocer, amar y servir al Padre a través de Jesucristo; y sintiendo muy cerca de ti a María, la madre de los creyentes.

2. Orando con el símbolo de nuestra fe

Toma uno de los dos símbolos de la fe eclesial: el de los apóstoles o bien el largo de Nicea-Constantinopla. Estás ante una síntesis de fe que ha sido fruto de la vivencia de los primeros tiempos. Son los cimientos. No ha sido fácil formular esa fe, ni vivirla. Muchos fueron perseguidos por defender eso que ahora vas a rezar. Este credo ha tenido sus mártires y los sigue teniendo. No es una fórmula, es la afirmación común de la fe, de la esperanza, del amor que nos sostiene.

Lee primeramente el credo entero, despacio. Haz silencio, pide al Espíritu luz para profundizar en el misterio de Dios y en la historia salvífica. A continuación, detente en cada artículo de la fe. Medita y contempla. Lo que viene a continuación es una guía de oración, a título de ejemplo. Lo importante es lo que el Espíritu suscita en ti, personalmente, al detenerte en cada artículo de la fe.

Creo en Dios, padre y creador

Has sido creado a su imagen. Eres vida como él, libertad para el bien como él, fruto de su amor. Existes como la criatura-icón de su verdad. Eres su criatura y a la vez su hijo o hija. Tienes, además, el encargo de cuidar de las criaturas: «labrar y cuidar la Tierra» (Gn 2,15).

Hago memoria de todo lo que he recibido de él. Soy un puro don suyo. Abro mis ojos para mirar la creación y el mundo. En todo habita Dios. Dios está incluso trabajando por su creación. Todo lo bueno, todo cuanto hay de noble, justo y amable en el mundo viene de él. De mi interior brota espontánea la oración ignaciana de ofrecimiento: «Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer; tú me lo diste, a ti, Señor, te lo devuelvo. Todo es tuyo. Dispón de mí para lo que quieras. Dame tu amor y tu gracia, que eso me basta».

Creo en Jesucristo, hijo de Dios, hecho hijo de María para la salvación de la humanidad

Enviado, mediador, camino. El creador y padre nos comunicó su Palabra de forma asombrosa y humilde: se hizo carne. Como la nuestra. Dios se hizo humanidad.

Ve a Nazaret y contempla a María en el día de la Anunciación: la palabra de María, "hágase", dio paso a que la Palabra se hiciera carne. Ve a Belén con José y María. Contempla al niño. María te lo da. Tómallo.

Treinta años viviendo en lo escondido de la vida cotidiana. Dios creció entre nosotros, y no lo sabíamos. «Con vosotros está y no lo conocéis» (Jn 1,26). Creo, Señor, que estás aquí en lo cotidiano, en la sencillez de la vida, como entonces.

Creo en la Palabra que pronunciaste durante tres años, en parábolas y en discursos, al formar a tus discípulos o en la intimidad de mesa y sala de estar con tus amigos. Creo en tu amor a todos, sobre todo, a los pobres y a los pecadores. Creo en tu perdón continuo, firme, sin condiciones.

Creo que no hay hecho más asombroso e inexplicable que tu entrega y tu cruz. Creo que en tu cruz está la vida, que nunca entenderé por qué el Dios Amor ha llegado por nosotros hasta este punto («los amó hasta el extremo» (Jn 13,1). Pero sé íntimamente, todos sabemos y creemos, que eso es lo único que basta. Solo tu cruz basta. Creo que de ahí brotó vida en plenitud, resurrección. Tú vives con el Padre, y eres amor infinito que nos espera y que, a la vez, vendrá.

Creo en el Espíritu Santo, amor y dador de vida

Amor del Padre y del Hijo, enviado a nosotros en Pentecostés, y a partir de ahí a todo el mundo, llenando el universo, infundiéndose «en todas las

edades, entrando en los santos, hace de ellos amigos de Dios y profetas» (Sab 7,27).

Creo en ese amor que era quien movía a Jesús. Él estaba ungido (cristo) por ese Espíritu de amor total. Jesús nos lo prometió y nos los envió. Y ahora creo que el defensor sigue animando y consolando en las luchas de los testigos de Dios. Él sigue dando luz y fuego a los nuevos profetas de la reconciliación, la justicia y la paz; abriendo caminos nuevos en la Iglesia; regalando carismas para que sean puestos al servicio de la comunidad y de la humanidad.

Creo en la Iglesia, que vive en la comunión, en el perdón y en la esperanza de una vida en plenitud

Llamados para vivir en el amor y para el amor («Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 13,34)). Formamos una comunión que es, a la vez, un regalo, un don y una tarea. Creo en la Iglesia que somos y que queremos ser en plenitud.

Creo que la Iglesia trasciende el tiempo y el espacio. Creo en la comunión de los santos de toda nuestra historia. Creo en una Iglesia que es comunión, y que se abre al mundo, y ora y trabaja con todos los creyentes de cualquier religión, y que busca la unidad con los hermanos de las otras confesiones cristianas.

Creo que el perdón que Jesús nos trajo y nos regaló en nombre del Padre es, desde entonces, una realidad y un camino. Sólo el perdón creará un mundo nuevo, sólo la reconciliación basada en la justicia y la misericordia hará posible que Dios reine hoy y siempre. Yo creo en la fuerza de ese perdón para mí y para todos.

Creo que hemos resucitado con Jesús, y que tenemos la vida si creemos y le seguimos de corazón. Y que esa vida en plenitud nos mueve a la alegría, a la paz y a la misión de extender este Evangelio, que es nuestra fuerza y nuestro tesoro.

Amén, amén, amén.

II. ORACIÓN DE FE Y PRESENCIA DE DIOS (LLAMADA TAMBIÉN ORACIÓN DE SENCILLEZ)

El documento original parece ser de 1829, y se compone de doce "notas" que escribió el Fundador, como maestro de oración, con la intención de ayudar y orientar a sus discípulos en la vida de oración.

1. Abre la puerta por el silencio

Dice Jesús que cuando vayamos a orar, entremos en nuestra habitación y cerremos la puerta para hallarle en el secreto (Mt 6,6). Hacer silencio es la primera condición para poder escucharle. Un silencio que debe ser completo, que abarque todo nuestro ser porque todo el ser debe abrirse a su palabra. Así posibilitamos «oír a Dios dentro de uno mismo. *Escucharé lo que el señor habla en mi interior* (Sal 85,8). El silencio es completo sólo cuando al silencio de las palabras se le une el de los signos, el de la

memoria, el de la imaginación, el de la mente y, sobre todo, el de las pasiones» (*El Espíritu que nos dio el ser*, p. 283, n. 381).

Pide al Señor que aquiete tu corazón, que lo centre en lo único necesario. Un silencio que puede darse incluso en medio de tus ocupaciones, de tu trabajo, porque lo profundo de ti está en esa apertura a él, en la paz contigo y con los demás.

2. La fe busca la presencia

El silencio sólo es una puerta. Tras ella viene el encuentro, y eso es lo que buscamos en la oración. «Cuando la fe ha crecido considerablemente, uno desea mantenerse en la presencia de Dios» (*El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 281, 377a).

La presencia es a la vez una obra de Dios y de mi actuación:

1. Dios siempre está presente, pero busca el encuentro

Toma conciencia de esta realidad. Hay momentos en los que la presencia de Dios se hace evidente, de forma más suave o más fuerte. Habitualmente dura poco tiempo, pero te queda una certeza clara de que es él. Utiliza casi siempre la forma de la "consolación", de la alegría profunda, porque ese es primordialmente su lenguaje. Muchas veces Dios utiliza como medio para este encuentro una causa concreta: la meditación de la Escritura, la palabra o el ejemplo de una persona, un acontecimiento, etc. Otras veces puede hacerse presente "sin que tú sepas por qué", en momentos inesperados.

Estas formas de presencia de él deben ser para ti el apoyo y la memoria para poder entrar tú en la presencia de él.

2. Yo quiero abrirme a su presencia

Puede hacerse desde la Palabra o desde la vida, inmerso en la realidad cotidiana. Hecho el silencio, tomo conciencia de que Dios nos envuelve con su presencia; me envuelve a mí, nos envuelve a todos; a toda la creación y a toda historia; aquí y en todas partes, y ahora y siempre. Mi oración no busca pensar ni considerar. Sólo mirar, estar atento desde el corazón. Es la oración sencilla de la fe: «Una atención apacible a la presencia de Dios, lo cual hace que el alma le considere a la luz de la fe con toda la atención del corazón, y no quiera más que a él; le mira sin cesar y no se cansa de mirarle» (G.J. Chaminade. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 279, n. 373).

Un ejercicio de iniciación consiste en ponernos en la presencia de Dios en un momento concreto; habituarnos a realizar este "calado" en lo profundo, aunque sea cuestión de un minuto, en medio de nuestro trabajo y ajetreo diario.

Pero a lo que todo esto se encamina es a la "conciencia de presencia permanente", que es a la vez un don y el resultado de la maduración de nuestra vida de fe: «*Anda en mi presencia y sé perfecto*», decía Dios a Abrahán (Gn 17,1).

III. MÉTODO COMÚN DE MEDITACIÓN

En los primeros años de la fundación de las dos congregaciones religiosas marianistas, el interés de Guillermo José Chaminade, como maestro espiritual, se centra en ayudar a los que dedican un buen tiempo diario a la oración. Juan Bautista Lalanne, uno de los primeros discípulos del Fundador, escribió en 1817 una pequeña guía para orar. Chaminade, por su parte, compuso también un breve ensayo, "El otro método" (1818). Ambos textos terminaron confluyendo, para dar lugar, hacia 1820, al "Método común de meditación". Siguiendo sus pautas han orado los y las marianistas durante muchos años, por lo que todos le reconocemos un papel importante en la historia de nuestra pedagogía orante.

1. "Entra en tu cuarto y cierra la puerta" (Preparación)

1. *Cuida el clima del día*

Entra por el camino de "los cinco silencios", para disponerte a la escucha y a la interioridad ("espíritu de María" y "espíritu de fe" son sinónimos, para el Fundador, de "espíritu de oración"). Hazte consciente de la presencia de Dios a lo largo de la jornada. Vive el aquí y el ahora. Asume la realidad de todo como sacramento del espíritu. Si puede ser, reserva un tiempo de lectura espiritual.

2. *Dedica un pequeño momento a preparar tu rato de oración*

Elige el texto bíblico o el asunto de tu oración.

3. *Entra en la oración haciendo silencio*

Ábrete al Espíritu Santo y pídele que venga en tu ayuda como luz para la fe y fuerza para el amor. Toma conciencia del destinatario de tu oración: el Padre. Eres su criatura, su imagen. Eres de él y para él. Recuerda cuál es el camino para llegar: Jesucristo. Todo lo haces a través de Jesús, por Jesús. Eres hijo en el Hijo. Tu oración de hoy descansa y se alimenta de esta relación de amor con la Trinidad. Haz un sitio a María, junto a ti. Siente su cercanía de madre, modelo de creyentes e intercesora.

2. "Ora a tu Padre, que está en lo escondido" (Cuerpo de la oración)

1. *Ábrete a la verdad de Dios y del Reino ("Consideraciones")*

Dedica el primero momento a una reflexión sencilla sobre el texto o el tema elegido. Pide luz para comprender la verdad del misterio revelado. Pide poder orar con el "espíritu de María" o "espíritu interior". Este momento de consideraciones es "poner a Jesús ante los ojos": lo más importante de las verdades de fe está condensado en la persona de Jesús. De ahí que debamos comenzar escuchando sus palabras, que están en el Evangelio, o en lo que el Espíritu suscita hoy en el corazón de los creyentes, y en los signos del tiempo presente. Miramos su persona revelada en la Escritura, y presente misteriosamente en el sacramento de la eucaristía o en el sacramento del cuerpo místico: el hermano, sobre todo el que sufre, el débil, el pobre. Y aunque en esta consideración no llegues del todo a entender, no te inquietes, permanece a la escucha. «*Esto no entiendo como*

es, y no entenderlo me hace gran regalo [...]. Cuando el Señor quiere darlo a entender, su Majestad lo hace sin trabajo nuestro» (Santa Teresa de Jesús, Meditaciones sobre los Cantares, 1,1).

2. Deja que él te ame y habla tú al amor ("Afectos")

En un segundo momento, deja que la verdad de lo considerado se haga motivo de amor. Agradece, alaba, pide, intercede. El "espíritu de fe", que es verdaderamente el "espíritu de María", te ha hecho considerar todo desde Dios, desde la perspectiva del Evangelio. Por eso las "consideraciones" de nuestro método de oración no son sino "miradas de fe". Pero ahora esa mirada se convierte en ejercicio de amor: creemos con la "fe del corazón", que nos hace amar lo que se cree y a aquél en quien se cree. Este momento de la meditación es "poner a Jesús en el corazón". Ya no es un texto o una verdad lo que te hace orar. Ahora el Espíritu te lleva al encuentro con la persona de Cristo, que te conduce al Padre.

En este encuentro se escucha, uno se deja amar, se aprende a sentir y gustar todo internamente, como María, que guardaba todo en su corazón (Lc 2,19.51). Se contempla en silencio, dando su tiempo al Señor. Pero también es el momento en que la fe se hace expresión de amor hacia el Señor. Y el amor tiene unos lenguajes que sólo los sabe y los practica el que ama. La Escritura y la vida son para nosotros las grandes escuelas para aprender este idioma de los afectos de la fe.

3. Descubre y practica lo que Dios te ha dicho ("Resoluciones")

Consideración y afecto, verdad y amor, nos llevan de la mano, en este tercer momento, a recoger la palabra que él te ha dirigido en vistas a la vida. Quizá ha habido una luz, una sugerencia del Maestro interior para aplicar la oración a tus relaciones, tu trabajo, etc. Orar es, al mismo tiempo, poder preguntar «Señor, ¿qué quieres que yo haga?», y disponerme a «hacer lo que Jesús nos diga» (Jn 2,5). La oración es así el momento de una escucha fundamental: la de saber lo que Dios quiere, la elección que Dios hace, la decisión que Dios tiene para mí. No hay oración verdadera si no desemboca en la obediencia, porque el amor es, al final, consentimiento.

Mi meditación termina entonces en un querer identificarme con Jesús, viviendo como él vivió, queriendo lo que él quiso, abriéndome a su Palabra, encarnándola en la vida. Es "poner a Jesús en las manos", sabiendo que no soy yo quien toma unas "resoluciones", sino él, que me ha elegido y me llama cada día. Hazte consciente de hacia dónde te ha dirigido Dios a través de esta oración. No pretendas encontrar artificialmente una indicación suya para tu vida, ni tampoco quieras concretar, sin más, una resolución voluntarista. Quizá te tengas que contentar con un pequeño compromiso en relación a tu vida de fe, de relaciones o de misión. En todo caso, es la oración la que te habrá iluminado, para conocer y asumir lo que Dios quiere de ti.

El momento final de la meditación de fe es, como dice José Simler, una oración de conformidad con la voluntad de Dios (cf. *Guía de la oración mental* nn. 268-278).

3. "Y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará" (Despedida)

Concluye tu oración dando gracias por este momento de encuentro con él. Pide perdón si ha habido resistencia a acoger la Palabra. Pon en las manos de María todo lo bueno que ha sucedido, porque «María sostiene las gracias para que no se malgasten» (San Buenaventura).

Elige un pensamiento o una luz que haya quedado de esta oración, para que te acompañe durante el día, o en el momento de acostarte.

Examen de la oración. Revisa este rato de oración. Anota en tu cuaderno de oración lo más interesante: luces, resistencias, llamadas interiores. Todo ello puede ser interesante para volver más tarde, sea en la oración o en el propio discernimiento de lo que Dios está diciendo.

3. "Hacer crecer la fe"

En la perspectiva de la fe, el carisma marianista tiene una dimensión misionera evidente. Si nacimos a principios del siglo XIX con una preocupación y una tarea centrada en volver a recuperar el tejido de la fe en las personas y en la sociedad, hoy sigue siendo ése nuestro objetivo. Estamos llamados a multiplicar la fe.

Esto se hace especialmente importante y urgente, doscientos años después, porque la secularización y la increencia práctica en el seno de muchas familias convierten a las nuevas generaciones en "huérfanos de la fe". No hay mucho lugar para la fe. Faltan testigos de la fe. Y los educadores en la fe que se necesitan no pueden ser sólo transmisores de saber, sino, sobre todo, de vida.

En el siglo XXI, todo país es tierra de misión, donde debe ser suscitada, recuperada y formada la fe en Jesús y en el Evangelio. Y yo tengo un papel en esto. Junto con toda la Familia marianista. Especialmente queremos hacer crecer la fe no sólo individual, sino comunitariamente. La fe compartida, celebrada, revisada y fuente de acción apostólica, en comunidades de vida, que recrean, en cada tiempo y lugar del mundo, el ideal comunitario del libro de los Hechos.

Sugerencias

1. Comprométete en una tarea de formación en la fe, con niños, jóvenes o adultos.
2. Promueve o colabora en un taller de oración donde se puedan practicar y evaluar los métodos propuestos en este libro.
3. La Iglesia quiere que se promueva una nueva evangelización; nueva en los métodos, en el mensaje y en los destinatarios. ¿Qué has hecho tú para entrar en este movimiento eclesial? ¿Has renovado tu mensaje, has pensado en los destinatarios más adecuados de tu acción evangelizadora y hecho algo por adaptar los métodos con los que transmites este mensaje?



3. Caminos de oración

LA ORACIÓN DE LA MIRADA

Qué es

1. Igual que la pronunciación del nombre, mirar a la persona amada es otro de los gestos del encuentro orante. Y esto sucede porque el amor es un movimiento de salida hacia el otro, sintiéndose atraído por el rostro del amado.

2. La Sagrada Escritura nos ofrece múltiples testimonios de este deseo de ver el rostro de Dios: «Déjame ver tu rostro» (Ex 33,18,20), «Tu rostro buscaré, Señor, no me escondas tu rostro» (Sal 27). Queremos ver, mirar, mientras Dios mismo nos ve, nos mira, sobre todo cuando sufrimos en la opresión («Dios vio cómo sus capataces...» Ex 3,7-9). Jesús mira al joven rico; mira a su madre y al discípulo amado desde la cruz.

3. Los grandes maestros de la oración y del encuentro con Dios nos hablan de esta mirada, que define un estilo de oración contemplativa y de sencillez:

«No os pido que penséis en él, ni que saquéis muchos conceptos, ni que hagáis grandes y delicadas consideraciones en vuestro entendimiento; no quiero más que le miréis [...]. Pues nunca quita vuestro esposo los ojos de vos, ¿es mucho que le miréis algunas veces a él? Mirad que no está aguardando otra cosa, sino que le miréis» (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 42.3).

*«Cuando tú me mirabas,
su gracia en mí tus ojos imprimían;
por eso me adamabas,
y en eso merecían
los míos adorar lo que en ti veían»*
(Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, 32).

«El gran beneficio que recibimos de la oración no consiste en la facilidad de pensar y hacer consideraciones, de sentir y estar ocupados, sino en la capacidad de estar ante Dios y con Dios» (G. J. Chaminade, *Oración de fe y presencia de Dios*. En "El Espíritu que nos dio el ser", p. 286, n. 386b).

«Le mira sin cesar y no se cansa de mirarle» (G. J. Chaminade. *Oración de fe y presencia de Dios*. En "El Espíritu que nos dio el ser", p. 279, n. 373).

4. Continuamente nos encontramos con ejemplos de esta oración de mirada. Recordemos la anécdota del Cura de Ars, que preguntaba a un feligrés de su parroquia qué hacía en silencio mirando el sagrario tanto rato, y éste les contestaba: «Muy sencillo: él me mira y yo le miro». O el diálogo con el Padre Kolvenbach: «¿Es cierto que usted ora con iconos? ¿Y qué hace? ¿Los

mira?». El Superior general jesuita contestó: «No, no. Ellos son los que me miran a mí».

5. Al vivir de la fe, nuestra mirada se hace atención al Señor y, a la vez, atención al mundo tal como el Señor lo mira. La oración marianista nos hace descubrir a Dios a través de los signos que la vida y la historia nos va ofreciendo. Nuestra visión de la realidad y del mundo es la visión que el Padre tiene; esta visión es muy importante para poder proceder como él procede.

Cómo orar

1. *Hago silencio. Cierro los ojos y voy tomando conciencia de que soy mirado/a por el Señor. Es una mirada siempre de amor.*

2. *Mediaciones para la "mirada externa". Puede ser bueno comenzar esta oración "mirando" físicamente una imagen de Jesús (o de María con Jesús), escultura, pintura o icono.*

«Procurar traer una imagen o retrato de este Señor, no para traerle en el seno y no mirarle nunca, sino para hablar con él muchas veces» (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 43,2).

«Mirándola (la imagen de Jesús en la pasión), toda me turbó de verle tal». (Teresa de Jesús, *Vida*, 9,1).

«Si dos personas se quieren mucho, aun sin señas parece que se entienden con sólo mirarse» (Teresa de Jesús, *Vida*, 27,10).

*No sólo miro la imagen, sino que me dejo mirar por Cristo. Esto es a veces turbador, como dice Teresa de Jesús. La mirada mutua desencadena una "meditatio" y una "oratio" o "contemplatio", como ocurre en la Lectio Divina: «No sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablarle de la pena de vuestro corazón» (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 42,6).*

3. *"La mirada interior". Esta mirada sucede dentro, no fuera: Dios me mira en lo más profundo de mí. Penetra en mí. Ahí también le busco yo. Puedo alternar la mirada a la imagen y la mirada interior cerrando los ojos.*

«Recoger la vista para mirar dentro de sí este Señor» (Teresa de Jesús, *Camino de perfección*, 42,8).

4. *"Mirada al mundo". Cuando he llegado a ser mirado por el Señor, aprendo yo a mirar al exterior. Miro la vida, el mundo concreto en que vivo, las personas con quienes me relaciono.*

5. *Termino dando gracias porque él me mira, es decir, me ama y quiere mi bien, pidiendo tener yo una mirada más sincera para con él, y poder mirar a los demás como Dios los mira.*

6. *¿Qué ha pasado en este rato de oración? ¿Qué dificultades o qué luces he encontrado? Analizo mi mirada y la de Dios. Tomo nota, en mi cuaderno, de lo más llamativo.*

4. Un tiempo para la Palabra

La vocación de Abrahán - Gn 12,1-9

La historia del Pueblo de Dios comienza con esta llamada de Dios y esta respuesta de Abrahán. Su fe se llama obediencia. Sin saber a dónde va, se fía completamente de ese Dios desconocido que le promete bendición. Y sale, en este primer éxodo de la historia bíblica, a recorrer la peregrinación del creyente, como un modelo para todos nosotros. Camina con Abrahán para poder desprenderte, ora como él en actitud de escucha, y vive así de la fe-obediencia que él representa. La oración reflejará en nosotros ese camino abrahámico, por lo que no nos extrañará que atravesase caminos de desierto y oscuridad, de inseguridades y despojos. De vez en cuando llegará el momento en que en esa misma oración se aparezca el Señor, y edifiques entonces un altar (v v.7-8), es decir, consagres y entregues tu vida al Señor.

El Señor dijo a Abrahán: Sal de tu tierra y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré. Haré de ti un gran pueblo, te bendeciré, haré famoso tu nombre y será una bendición. Bendeciré a los que te bendigan, maldeciré a los que te maldigan. Con tu nombre se bendecirán todas las familias del mundo.

Abrahán marchó, como le había dicho el Señor, y con él marchó Lot. Abrahán tenía setenta y cinco años cuando salió de Harán.

Abrahán llevó consigo a Saray su mujer, a Lot su sobrino, todo lo que había adquirido y todos los esclavos que había ganado en Harán. Salieron en dirección de Canaán y llegaron a la tierra de Canaán. Abrahán atravesó el país hasta la región de Siquem, hasta la encina de Moré (en aquel tiempo habitaban allí los cananeos). El Señor se apareció a Abrahán y le dijo: A tu descendencia le daré esta tierra. Él construyó allí un altar en honor del Señor que se le había aparecido. Desde allí continuó hacia las montañas al este de Betel, y plantó allí su tienda, con Betel a poniente y Ay a levante; construyó allí un altar al Señor e invocó el nombre del Señor. Abrahán se trasladó por etapas al Negueb.

Señor, mi corazón no es ambicioso - Sal 131 (130)

Salmo del "corazón como un niño". El salterio es, todo él, un mosaico de situaciones y actitudes que nos educan en la afectividad espiritual, la relación afectiva con Dios. Pero en este pequeño salmo, la colección llega a una concentración única: la sabiduría del abandono y el apaciguamiento de los deseos. Después de cuatro expresiones negativas (mi corazón no es ambicioso, ni altanero, ni pretende grandezas ni señales), el orante no encuentra mejor símbolo de su actitud interior que la del niño destetado en brazos de su madre. Igual que un niño aprende a superar etapas y a ser educado en la libertad y confianza, así nosotros estamos en las manos del Señor. Este es el núcleo de la fe. Desde la oración con este salmo podemos comprender mejor la palabra de Jesús: «Si no os hacéis como los niños, no entraréis en el Reino de los cielos» (Mt 18,3).

*Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superen mi capacidad,
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.
Como un niño saciado,
así está mi alma dentro de mí.
Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.*

Se cree con el corazón - Rm 10,9-10

La fe es la entrega incondicional de la persona a la propuesta de Dios, a la llamada de amor del Señor. Es el reconocimiento sincero de que la Verdad que me solicita corresponde íntimamente al deseo y a la esperanza de mi corazón.

Por eso hablamos de fe del corazón. En realidad no puede haber fe verdadera más que como fe del corazón, porque si éste no está implicado y entregado, habrá quizá una creencia religiosa, pero no una fe que moviliza a la persona. «Con el corazón se cree para conseguir la justicia», dice san Pablo (v. 10). Y es que sólo una fe que brota de lo más hondo y personal es capaz de situarle a uno en el camino de la vida del Reino. La vida de oración no es más que la respiración de esta fe cordial.

Porque si tus labios profesan que Jesús es el Señor y tu corazón cree que Dios lo resucitó de entre los muertos, te salvarás. Por la fe del corazón llegamos a la justificación, y por la profesión de los labios, a la salvación.

No he encontrado nunca una fe tan grande - Mt 8, 5-10

El centurión romano sabe que su casa es impura para un judío. Pero en esa casa impura hay también sufrimiento. Jesús pronuncia entonces una frase de libertad: «Yo iré a curarle». Es decir, a pesar de ser una casa impura, yo entraré en ella porque para esto he venido. Cuando parece que el relato tiene que acabar aquí -y ya es bastante Evangelio-, surge la impresionante confesión de fe de este militar, que deja asombrado incluso al mismo Jesús. Vivir de la fe es ser capaz de creer que la Palabra de Cristo tiene esa fuerza en mi vida, si yo me abro a su acción. Convierte las palabras del centurión, que pronunciamos siempre en la eucaristía, en un estribillo de tu oración. «Una palabra tuya bastará para sanarme».

Al entrar en Cafarnaúm, se le acercó un centurión rogándole: Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho. Jesús le contestó: Voy yo a curarlo. Pero el centurión le replicó: Señor, no soy quién para que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina, y tengo soldados a mis órdenes, y le digo a uno ve, y va; y al otro ven, y viene; y

a mi criado haz esto, y lo hace. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que le seguían: Os aseguro que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe.

El Maestro de los maestros - Lc 2,41-52

«María, durante muchos años permaneció en intimidad con el misterio de su Hijo sólo por medio de la fe» (Redemptoris Mater, 17). Porque ni ella ni José comprendían por qué Jesús se convertía ya en un Maestro de los maestros, ni de dónde venía esa sabiduría que brotaba de sus labios (Jn 7,46; Mt 13,54). Jesús comienza a enseñar dónde está la palabra de vida y la casa del Padre. Ha empezado el Evangelio, que sólo podrá ser recibido por fe. No valen ya las comprensibles quejas humanas de unos padres ante un hijo. El relato trasciende las quejas y se sitúa más allá. A Cristo hay que buscarle donde él quiere estar, no donde nos gustaría a nosotros tenerlo. Habrá que aplazar el viaje de vuelta a casa; primero hay que escuchar a Jesús.

Los padres de Jesús solían ir cada año a Jerusalén por las fiestas de Pascua. Cuando Jesús cumplió doce años, subieron a la fiesta según la costumbre, y, cuando terminó, se volvieron; pero el niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que lo supieran sus padres. Éstos, creyendo que estaba en la caravana, hicieron una jornada y se pusieron a buscarlo entre los parientes y conocidos; al no encontrarlo, se volvieron a Jerusalén en su busca. A los tres días, lo encontraron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: todos los que le oían quedaban asombrados de su talento y de las respuestas que daba. Al verlo, se quedaron atónitos, y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has tratado así? Mira que tu padre y yo te buscábamos angustiados. Él les contestó: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que yo debía estar en la casa de mi Padre? Pero ellos no comprendieron lo que quería decir. Él bajó con ellos a Nazaret y siguió bajo su autoridad. Su madre conservaba todo esto en su corazón. Y Jesús iba creciendo en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres.

5. Un tiempo para el carisma marianista

La fe, unión con Jesucristo

Estamos ante una meditación del Retiro preparatorio a los primeros votos en la Compañía de María (1818). Por tanto Guillermo José Chaminade está poniendo los cimientos. Quiere que la Vida Consagrada que está naciendo esos años en la Familia marianista viva de la fe y para la fe. Fe que es luz, pero que, sobre todo, es encuentro con la persona de Jesucristo. Fe que se convierte así en nosotros en camino, verdad y vida. Fe que provoca un gran cambio, «que llega hasta transformarnos en Jesucristo [...]. De este modo se ha formado en nosotros el hombre nuevo».

Así pues, cuando la luz de la fe penetra en nuestra alma, el Verbo de Dios viene a habitar en ella. Y esto no es pura imaginación. El apóstol, es decir, el Espíritu Santo por su boca, nos lo ha revelado: Dios habita en nosotros por la fe (Ef 3,17).

No vemos a Jesucristo en nuestra alma cuando penetra en ella la luz de la fe. En efecto, no habita en ella como hombre y del mismo modo que por la Sagrada Eucaristía. Habita como Verbo de Dios. Pero, aunque no le vemos, sentimos todas las cualidades que él se atribuye: Yo soy la verdad, el camino y la vida (Jn 14,6). Por la luz de la fe, en efecto, y por la fe que produce en nosotros, conocemos las verdades de Dios: verdad; nos anima y es nuestra vida: vida; nos enseña lo que debemos hacer y el camino que debemos seguir camino.

Si la luz de la fe es el Verbo de Dios, si por ella es el Verbo adorable quien se digna venir a habitar en nosotros, se comprende que la fe -convicción que resulta de la impresión de esta luz- sea precisamente la unión de Jesucristo con nosotros, unión que llega hasta transformarnos en Jesucristo. Por la fe, en efecto, como ya lo hemos visto, nuestra mente esclarecida ya no piensa más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestra mente. Animado por la fe, nuestro corazón ya no siente ni ama más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestro corazón. Dirigida por la fe, nuestra voluntad ya no actúa más que como Jesucristo. Jesucristo se ha unido a nuestra voluntad. De este modo, se ha formado en nosotros el hombre nuevo.

*No nos extrañe, pues, todo lo que el Evangelio y el apóstol nos dicen sobre la fe, sobre su necesidad, su excelencia, su eficacia para la salvación, su poder. A su lado, ¿qué es la luz de la razón? ¿Qué son, incluso, las luces de las revelaciones? Con cuánta razón nos manda el apóstol: Tened la fe de Dios (Retiro de 1818. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 77-78, nn. 210-211).*

"Cuando queremos ver el sol"

«Si no creéis, no comprenderéis». Así se titula esta nueva meditación del Retiro de 1818.

La nueva comprensión humana está hecha de una apertura fundamental, la de la fe, que es dejarse iluminar, «volverse a Él». En una sociedad que está viviendo unos cambios culturales tan acelerados, y con unas propuestas tan variadas, ¿cómo llegar a tener un «entendimiento limpio, sano y atento»? La misión se convierte entonces en ayudar a sanar, limpiar y situar la atención del ojo humano. Un ojo que, como decía Ignacio de Loyola, debe ser "simple", es decir, sin doblez, que va a lo fundamental.

Se compara la luz de la fe -que sale de Dios y viene a causar en nuestra alma una impresión que es imagen perfecta de Dios- a la luz del sol, que imprime en nuestros sentidos la imagen del sol; y el hombre que recibe la luz de la fe se compare al ojo, que recibe la luz del sol; el entendimiento del hombre, a las partes del ojo que refractan la luz y perciben la imagen; y la voluntad, a los párpados, que se abren y se cierran para dejar entrar o rehusar la luz.

Según la primera parte de la comparación, es decir, considerando a la fe como luz que viene de Dios, se la ha llamado objetiva; y según la segunda parte, es decir, considerando a la fe en relación al hombre, se la ha llamado subjetiva. Y así se ha distinguido la fe objetiva y la fe subjetiva. Por la primera se entiende la luz de Dios, y por la segunda, la capacidad del hombre para recibirla.

*Juntando ambas partes de la comparación en una, se ve la manera de servirse de la fe en la meditación. Cuando queremos ver el sol, no necesitamos, si el ojo está sano y limpio, más que volvernos hacia él y abrir los párpados para que la luz lo atraviese y lo impresione. De la misma manera, en la meditación, para que la luz de la fe nos penetre y nos impresione, no tenemos más que volver nuestro entendimiento hacia Dios, abriéndolo por la voluntad. Pero, así como para ver bien hace falta que el ojo esté limpio, sano y atento, para percibir bien la luz de la fe es preciso que nuestro entendimiento esté limpio, sano y atento. He ahí todo el método de la meditación por la fe (Retiro de 1818. En *El Espíritu que nos dio el ser*, pp. 79-80, nn. 212-213).*

Oración de fe y presencia de Dios

Su método de oración de sencillez es una mirada de paz, en la que no hay cansancio y en la que uno persevera. Y es así porque así mira el amor. Así es como nos mira siempre Dios, como mira Jesús en el Evangelio. La oración parte de la conciencia de que «en él vivimos, nos movemos y existimos». Como el pez en el océano; como el pájaro en la inmensidad del espacio. Pero esa experiencia de presencia no es pasiva. La Sagrada Escritura la carga de fuerza -recuerda el Fundador- al afirmar: «Anda en mi presencia y sé perfecto» (Gn 17,1). La presencia de Dios hace caminar y define al creyente bíblico.

La oración de presencia de Dios, unida a la oración de fe, es una atención apacible a la presencia de Dios, que hace que un alma mire a Dios a la luz de la fe con toda la atención de su corazón, sin querer pensar en nada más que en él. Lo mira sin cesar a esta luz de la fe y no se cansa de mirarlo. La luz de la fe le permite considerarlo en sus atributos y en sus obras [...].

En los comienzos de la vida de oración conviene multiplicar los actos de fe en la presencia de Dios, en la inmensidad de Dios. Estoy sumergido en la inmensidad de Dios mucho más de lo que un pececillo lo está en el océano o un pájaro en el aire. Estoy en Dios como mis pensamientos están en mi mente sin ocupar espacio alguno. Conviene no representarse la divinidad en ninguna forma sensible, excepto en la forma en que él ha querido manifestarse cuando se ha hecho hombre. Si nuestra fe es grande, pronto nos sentiremos en Dios, y sentiremos, por así decirlo, a Dios en nosotros. Experimentaremos que tenemos en Dios el ser, el movimiento y la vida. En él vivimos, nos movemos y existimos.

Podemos distinguir cuatro maneras de estar en la presencia de Dios, dos activas y dos pasivas. La primera, cuando nos ponemos en su presencia en un momento concreto. La segunda, cuando hemos adquirido el hábito de caminar en su presencia. «Anda en mi presencia y sé perfecto», decía Dios al fiel Abrahán (Gn 17,1).

La tercera la opera Dios mismo en el alma, y por eso se la llama pasiva. Ordinariamente dura poco, a menos que Dios se digne conceder el don mismo de su presencia, pero eso es excepcional. En el primer caso, la presencia de Dios es transitoria; en el segundo es habitual. Debemos hacer todo lo posible para ponernos frecuentemente en presencia de Dios. Lo hacemos cuando hacemos actos de fe a lo largo del día, sobre todo si nuestro corazón participa activamente en ellos. Con el corazón se cree para conseguir la justicia (Rom 10,10). La fe del corazón es la que justifica.

*La práctica del silencio absoluto es un medio excelente para llegar eficazmente a la presencia de Dios de un modo habitual. Es también una disposición adecuada para recibir con más frecuencia los favores de la presencia de Dios pasiva. Aquí llamamos silencio absoluto a ese silencio completo que permite oír a Dios dentro de uno mismo. Escucharé lo que el Señor habla en mi interior, dice el profeta (Sal 85,8). El silencio es completo sólo cuando al silencio de las palabras se le une el de los signos, el de la memoria, el de la imaginación, el de la mente y, sobre todo, el de las pasiones. No se debe considerar una ruptura del silencio hablar y estar ocupado cuando se hace por deber y durante todo el tiempo que lo exija ese deber (Oración de fe y presencia de Dios, 1829. En *El Espíritu que nos dio el ser*, p. 279, n. 373; pp. 282-283, nn. 379a-381).*

Orar con el símbolo de la fe

El "Método de oración sobre el Credo" es, sin duda alguna, la aportación más significativa de la enseñanza chaminadiana sobre la oración. Al comenzar el texto, nos encontramos con una curiosa meditación desarrollada del "Principio y Fundamento" ignaciano. Una vez situado al creyente en la "dirección de felicidad y amor", es cuando da paso Guillermo José Chaminade al método propiamente dicho. Orar la fe es aquí orar con una fe que afirma, que se goza en la verdad de Dios tal como se despliega en la historia, en el amor de Dios tal como va manifestándose.

In omnibus respice finem: en todas las cosas ten presente el fin.

¿Para qué estamos en la tierra y qué haremos en el cielo? ¿Qué se ha propuesto el creador al llamarnos a la vida? La fe responde que el fin del hombre, en el tiempo y en la eternidad, es conocer y, como consecuencia, amar y glorificar a Dios. Éste es nuestro sublime destino, y ésta es también la intención del Espíritu Santo cuando nos recomienda que en todas las cosas tengamos presente nuestro último fin, y que las orientemos hacia ese fin: In omnibus respice finem [...].

La tierra es como el noviciado del cielo, es decir, tenemos que hacer aquí abajo lo que haremos eternamente en el seno de Dios. Ese fin no es de mero consejo, sino que debemos realizarlo para poder ser felices en el tiempo y, sobre todo, para merecer serlo en la otra vida [...].

El mismo Salvador del mundo nos enseña que la condición indispensable para ver a Dios es tener un corazón puro. De nada le serviría al alma estar iluminada por los radiantes resplandores de la fe, si

el corazón no estuviese limpio. Esa fe, retenida como cautiva, sólo le serviría para hacerla más culpable y desgraciada.

Por eso, todos nuestros esfuerzos, trabajos y combates deben encaminarse a purificar nuestro corazón. En esto radica la esencia de la vida cristiana. Efectivamente, tener el corazón puro consiste en amar sólo a Dios, buscar sólo a él y no tender más que a él con todas nuestras fuerzas. También consiste en huir del pecado y de la sombra del pecado, observar sus mandamientos, temer su justicia y adorar sus planes. En una palabra, tener el corazón puro es practicar la fe, poner en práctica las lecciones de la fe. Por tanto, la fe que hace ver a Dios es la que purifica el corazón, o sea, la fe operante [...].

Considerada bajo su verdadero punto de vista, la meditación se funda esencialmente sobre la fe. Su objeto y su instrumento deben ser la fe. Llevada por las alas de la fe, el alma vuela, por decirlo así, hasta el seno del mismo Dios, para contemplar y admirar en su fuente las verdades sublimes de la revelación. El alma las considera en su magnífico conjunto, o una tras otra, desentrañando, analizando cada uno de los elementos de su fe, y tratando de penetrar en sus secretos adorables. No desprecia los más mínimos detalles, los principios más sencillos y las verdades más comunes, sino que les presta toda su atención siempre que la fe se los presente. Pero en la meditación el alma no se limita a considerar y estudiar los elementos de la fe. También examina sus fundamentos, su certeza, su belleza, su excelencia y el gran gozo que procuran [...].

Después de haber contemplado así los grandes objetos de nuestra fe, que son Dios y uno mismo, el alma se va dando cuenta del estado de su fe. Impresionada por verla tan débil y lánguida, se ejercita en la fe con más ardor diciendo con los apóstoles: Señor, auméntanos la fe; o con el centurión: Creo, Señor, pero ayuda mi incredulidad [...].

Así pues, en la meditación de fe el alma aprende a conocer a Dios y a conocerse a sí misma. Ambos conocimientos están tan estrechamente unidos que cuando se avanza en uno, se avanza también en el otro.

Cuanto mejor conoce el alma las infinitas perfecciones de la divinidad, más refuerza sus lazos de amor a Dios y más capaz se hace de grandes sacrificios [...].

El que quiera entrar por las vías de la meditación debe empezar por la oración mental mixta sobre el símbolo de los apóstoles.

Después de ponerse en la presencia de Dios del modo que indicaremos más adelante, primero recitará una vez el credo con toda la atención de que sea capaz. A continuación, repetirá mentalmente esa recitación, artículo por artículo, deteniéndose en la consideración de cada uno de ellos todo el tiempo que sienta algún atractivo interior. Cuando ya no sienta nada, pasará al siguiente, para no abrir la puerta a las distracciones [...].

Por mucho que se progrese en esta práctica y por muy buena voluntad que se ponga, nunca se dejará de decir primero todo el credo, ejercitando así la fe en su magnífico conjunto. Después se ejercitará en sus principales artículos, relacionando con ellos, uno a uno, todos los demás [...].

Nota: Por "ejercitar la fe" entendemos representarse los elementos de su fe sobre una verdad revelada, hacer actos de fe con el corazón y la boca, sacar las consecuencias que se derivan, comparar su conducta, lamentar su ceguera, humillarse, pedir perdón al Señor, pedir que aumente nuestra fe y desearlo ardientemente. El cielo acaba escuchando a quien hace todo eso, y le va comunicando progresivamente luces cada vez más vivas. Gracias a ese aumento de fe, la esperanza se hace más firme, el amor más vivo y puro, la humildad más profunda, el dolor más intenso, y los deseos de ver a Dios más ardientes. Dios se complace en iluminar el alma en proporción a su fidelidad. Esos son los maravillosos frutos de esta inefable comunicación del alma con Dios (Método de oración sobre el Símbolo, ¿1830-1840?). En El Espíritu que nos dio el ser, pp. 294 ss).

"Todo en Dios, todo por Dios"

La correspondencia entre Adela y Santa Emilia de Rodat nos permite asomarnos de una manera especial a la hondura espiritual de la primera marianista, porque su expresión se enriquece al compartir con otra gran mujer y fundadora. Adela vibra en esta carta, sintiéndose feliz por vivir de la fe, por compartir el mismo camino de Teresa de Jesús, de Clara de Asís, de los santos; por saberse amada por Jesús y enviada por María a la misión marianista. Adela, "alma de fuego", como la llamó José Verrier. Adela, "María de Jesús", como firmó ella misma en una carta dirigida al Padre Chaminade.

† J.M.J.T.

3 del año 1823

¡Todo, sólo por Dios!

Mi queridísima hermana:

Recibe los entrañables deseos que mi corazón dirige al celeste Esposo por ti y por las queridas almas que te han sido confiadas. Ojalá procuréis cada vez más la gloria de Dios y la santificación de las almas, poniéndolas en el seno de María, bajo su manto.

Tengamos mucho valor, mi querida madre; nuestra vida va a estar sembrada de cruces, pero el celestial Esposo aumentará nuestra fuerza. Seguimos la misma senda que Teresa de Jesús, Clara de Asís y Juana Chantal: animémonos por estas santas modelos, lleguemos a ser santas. Que las ocupaciones exteriores nunca nos hagan desviarnos del camino de la perfección; trabajemos como si esa fuera nuestra principal ocupación. Las santas hacen muchas cosas, las religiosas imperfectas casi nada.

Unamos nuestros corazones, dilatémoslos, miremos a menudo hacia el cielo como el final dichoso hacia el que tendemos y donde todos nuestros trabajos serán recompensados si han sido hechos por Dios. Ejercitémonos en una gran pureza de intención: nada por la criatura, nada por el amor propio. ¡Todo en Dios y por Dios! ¡Sólo Dios! Ese es nuestro gran lema.

Se me han llevado a la querida hermana Estanislao a Tonneins; ¡mi corazón la echa mucho de menos! Todavía no se habla sobre Alsacia: todo está en manos de los superiores.

Vamos bien de salud. Que Dios nos cuide, él que conoce nuestra debilidad.

Os deseo a todas, como aguinaldo, la fidelidad a la Regla.

¿Cómo hacéis para la misa y las confesiones en Aubin?

Adiós, querida madre, soy toda vuestra en el corazón del Bienamado.

Sor María T.

(Adela de Trenquelléon, *Cartas*, n. 480. A santa Emilia de Rodat)

6. Orando en el camino

Como conclusión a este capítulo, la oración chaminadiana que nos pide centrar la vida en Dios y nos ayuda a "**vivir de la fe**". Es una plegaria que podemos hacer nuestra hoy.

El texto original se encuentra en el "Método de oración sobre el Credo" (cf. *El Espíritu que nos di el ser*, pp. 320-322, nn. 562a-564). Aquí se ofrece una oración inspirada en dicho texto.

Cuando leemos y oramos atentamente con los textos de nuestros Fundadores, es llamativo su enraizamiento en el Absoluto, que nos hace entender la vida de forma radical y plena. Esos «todo tú» y «sólo tú» del Padre Chaminade que están a la base de esta oración pueden muy bien entrar en diálogo con los "lemas orantes" de Adela de Trenquelléon al comienzo de todas sus cartas: «¡Te amo, Dios mío, a ti que eres toda mi fuerza!» (*Cartas*, n. 200), «Reina tú solo en mi corazón, divino Rey mío» (*Cartas*, n. 275).

*Dios mío, tú eres el todo que llena mi pobreza.
Estoy ante ti para adorarte.
En nombre de Jesús, tu hijo, y con él,
como María su madre,
me presento para alabarte y bendecirte,
para agradecerte los dones que he recibido de ti,
y para pedirte las gracias que necesito
para serte fiel hoy,
ahora y en todos los instantes de mi vida.
Señor, aumenta en mí la luz de la fe,
para que, conociéndote mejor a ti
y conociéndome a mí cada vez más,
te ame sólo a ti, piense solo en ti
y no vea más que a ti en todas las cosas.
Espíritu Santo, autor de toda luz y de toda gracia,
tú eres quien debe dirigirme y conducirme.
María, ya que eres mi madre, preséntame a Jesús,
que es el camino, la verdad y la vida
por los siglos de los siglos. Amén.*

(Oración inspirada en el *Ejercicio de la Presencia de Dios*.

Guillermo José Chaminade, *Método de oración sobre el Símbolo*)